

## **¿QUÉ ES LA BELLEZA?**

Dicha pregunta, a priori, pasa desapercibida entre nuestra rutina diaria, quizá demasiado consuetudinaria para plantearse un por qué. Es un hecho que diariamente pasan ante nuestros ojos objetos, circunstancias, personas e incluso instantes bellos y solemos darlos por sentado. No obstante, hasta lo rutinario disimula tras la monotonía aspectos cautivadores, por lo que puede ser interesante responder dicho interrogante.

En la filosofía, la definición de la belleza ha formado parte siempre de la estética. Esta es, ante todo, uno de los posibles modos humanos de relacionarnos con la realidad. Lo cierto es que podemos encarar el mundo con una actitud orientada al gozo ante la belleza. Según lo dicho, esta misma podría describirse como un valor o una cualidad que hace aparecer un objeto como valioso desde el punto de vista estético.

La belleza puede interpretarse de dos modos distintos: el planteamiento objetivo así como el subjetivo. Primeramente analizaré el objetivista. Este defiende que la belleza es inherente al objeto que se reconoce como bello. Es una cualidad ingénita. Tomemos como referencia a un conocido filósofo influyente al respecto. Platón declara que solo la belleza, diferente de la sabiduría, se manifiesta a los sentidos. Para él, el verdadero placer lo dan los colores, las formas y los sonidos bellos haciendo referencia a líneas rectas y curvas así como sonidos puros y armoniosos inteligibles. Estas cosas son bellas por naturaleza y no por comparación con otras, porque la conformidad, el equilibrio y la simetría se convierten en belleza y virtud, de manera que por belleza se debe entender medida y proporción.

Hablar de Platón nos lleva a hablar de un discípulo suyo y defensor de su postura objetivista: Aristóteles. Este filósofo relacionó la belleza con el placer, ya que su valor reside en ella misma, a diferencia de lo útil, sobre cuyo valor decide el resultado.

De este modo, tomando en cuenta a estos dos grandes influyentes sobre la materia y adoptando en esta parte de la disertación una postura objetivista podríamos decir de la belleza que es un concepto abstracto puesto de manifiesto en los seres o entes. Cada ser o situación bellos son actos de la belleza en sí. Ejemplificando, una mujer bella es una exteriorización de la belleza; no es la belleza misma.

Pasada ya la filosofía medieval, la percepción de la idea de la belleza comienza a cambiar. Así pues, desde Kant, se reinterpreta lo bello desde una clave que originará el concepto de belleza del idealismo romántico. Kant define el concepto de belleza, el cual dice que esta es subjetiva, propia del observador. En sí, la belleza no está basada en características que determinen que algo sea bello, no busca además proporcionar un placer forzado, sino que es libre de expresar su esencia sin ningún interés, logrando así crear en el espectador una satisfacción verdadera. Para Kant, la belleza produce un sentimiento agradable, pero desinteresado que afecta armónicamente a todas las facultades humanas: sensitivas, intelectuales y morales.

En relación a lo mencionado, según este criterio, la belleza es un sentimiento de placer que nos produce la contemplación de cierto objeto o situación siempre según las ideas y patrones de belleza elegidos por cada uno.

Sin embargo, solemos atribuir la belleza a algo que podemos mirar, presenciar, examinar y considerar. No obstante, ¿qué hay de la belleza interior?, ¿puede la belleza interna del ser humano hacer de la misma algo útil? Veamos.

Para contestar estas preguntas remitiré, únicamente a modo ilustrativo, a un personaje bíblico de la antigüedad. Es el caso de Ester, una joven judía huérfana de la tribu de Benjamín. Su primo Mardoqueo, mayor que ella y su tutor, era uno de los siervos del rey en el palacio de Susa durante el reinado del rey persa Asuero. Asuero depuso a la reina Vasti por su desobediencia, y después dio la orden de reunir a todas las vírgenes más hermosas para un período especial de masajes y diversos tratamientos, con el fin de que el rey pudiera elegir a una de ellas para reemplazar a Vasti como reina. Ester estaba entre aquellas a las que se llevó a casa del rey y se confió al cuidado de Hegai, el guardián de las mujeres. Dicha joven mostró prudencia, manteniendo en secreto que era judía, tal y como le aconsejó Mardoqueo.

En el año séptimo del reinado de Asuero, se escogió a Ester para que fuera la reina. Durante todo este tiempo se mantuvo en contacto con Mardoqueo y siguió sus consejos. Cuando este último descubrió un complot contra el rey, ella se lo dijo al monarca en nombre de Mardoqueo, ganándose así la confianza del rey. En el año duodécimo de Asuero, Hamán el agagita, su primer ministro, planeó la aniquilación de todos los judíos. Incluso recibió la autorización del rey para promulgar un decreto con este fin. En conformidad con la información y el consejo de Mardoqueo, Ester le reveló al rey el propósito inicuo del complot de Hamán. La reacción de este hizo que aumentase la cólera del rey, y Hamán fue colgado. A petición de Ester, el rey promulgó un segundo decreto autorizando a los judíos a defender su vida en el día que se había fijado para su exterminio.

Vale destacar que gracias a su astucia, obediencia, cautela y sumisión, Ester pudo salvar su vida y la de todos los judíos para quienes también peligraba. El libro de la Biblia recoge que era de “bonita figura y hermosa apariencia” (Est. 2:7), pero, lo que es más importante, aclara que manifestó el adorno de “la persona secreta del corazón en la vestidura incorruptible del espíritu quieto y apacible” (1 Pedro 3:4), y así se ganó el favor de Hegai, el guardián de las mujeres, y también del rey mismo.

Recapitemos hacia la pregunta planteada antes de relatar dicho suceso del pasado: ¿puede lo bello ser útil? En un principio la belleza va de la mano con el placer cuyo valor es independiente del resultado que pueda producir. Sin embargo, tras analizar el mencionado relato imaginemos toda la belleza exterior que poseía esta reina judía. ¿Acaso habría bastado con eso para salvar su vida? ¿No fue el desplegar esas bellas cualidades lo que le permitió llevar a cabo un cambio radical de la situación en aquellos momentos tan difíciles?

Bien, llegados a este punto, conociendo la perspectiva objetiva y subjetiva en relación a la belleza, la diversidad de enfoques aplicados y su relativa utilidad podemos concluir que la belleza puede estar tanto en la mirada como en el objeto observado y que dentro de los criterios universales esta misma también puede ser juzgada por el gusto personal.

Algo de gran relevancia en lo que respecta a la belleza es su percepción. ¿Cómo percibimos la belleza?

La belleza puede percibirse por el grado de deleite al contemplarla, por los principios estéticos presentes en su admiración, pero podemos concluir algo mucho más sencillo: la belleza se percibe sintiendo.

Permítanme apelar a un símil escogiendo un género artístico. Me decantaré, en este caso, por las artes auditivas, más concretamente, la música. Al existir tanta variedad de la misma podríamos afirmar que a la inmensa mayoría de la gente le agrada escuchar su tipo predilecto. Es cierto que el que una música sea bella o no puede deberse al mayor o menor goce experimentado, a la satisfacción que se note al escucharla, también a la armonía, sutileza, equilibrio y ritmo que se aprecien, no obstante, la manera más sencilla de definir si la música fue bella o no para el oyente es dejar que la sienta, que capte su delicadeza y sublimidad y que estas calen hondo en su ser.

Los sentimientos están directamente relacionados con lo que sucede a nuestro alrededor. Por tanto, para captar lo que acontece en nuestro entorno utilizamos nuestros sentidos cuya información recibida es procesada por nuestro cerebro. Dicho en otras palabras, nuestro cerebro “siente la belleza”.

Esto ha sido demostrado por diversos estudios de neurobiología que, como en el caso de tantos artistas y filósofos del arte, han tratado de hallar las características comunes y concretas que hacen que un objeto sea calificado como bello. El experimento tomó a veintidós voluntarios con diversos orígenes culturales y étnicos para que calificaran una serie de pinturas o pasajes musicales en tres categorías: obras bellas, obras feas y obras que les dejaban indiferentes. Seguidamente, vieron estas pinturas y escucharon los correspondientes pasajes musicales nuevamente mientras se les hacía una resonancia magnética funcional por imágenes, la cual mide la actividad cerebral.

Zeki y Tomohiro Ishizu, dos profesionales cursados en la materia, encontraron que un área en la parte frontal del cerebro, que se conoce como la corteza orbito frontal medial, se activaba más en los sujetos cuando escuchaban una pieza musical o veían una imagen que previamente habían calificado como hermosas. Por el contrario, ninguna región en particular del cerebro se solía correlacionar con obras de arte previamente calificadas como feas. Considerado esto, concluyeron que el único factor común entre toda la gente que encuentra la belleza en las artes plásticas y en la música es la actividad en la mencionada parte frontal del cerebro, donde reside el centro de placer y recompensa del mismo.

De este experimento, se razona un hecho importante: aunque no podemos calificar un objeto como bello para toda la población si podemos afirmar que la belleza, cuando es captada por una persona, produce la misma sensación en todas ellas.

Supuesto esto, ¿hace la ignorancia ser menos sensible?, ¿cómo ayuda el conocimiento a la emoción estética? El mejor modo de resolver estas preguntas es haciendo alusión a un científico. Se designa de este modo a alguien que se ajusta a los principios y métodos de una ciencia. A su vez una ciencia es una rama del saber humano que incluye conocimientos objetivos y verificables obtenidos por la observación, experimentación así como explicación de sus principios y causas. Pues bien, un científico, supuestamente, al observar lo bello aplica sus conocimientos. Veamos un caso particular.

Hace 30 años el físico Richard Feynman aseguró que un científico podía ver más belleza en una flor que un artista. Esta fue su respuesta a un amigo que le había dicho que “un científico separa la flor en partes y la vuelve sosa”. Para él estaba equivocado: los científicos no solo podían apreciar la hermosura evidente, sino además la que no se veía de modo obvio. Finalmente este físico concluyó: “En primer lugar, la belleza que él ve la podemos ver otras personas también. A pesar de que quizás no soy tan refinado como él, puedo apreciar lo lindo de una flor. Al mismo tiempo, puedo ver más en la flor que él: puedo imaginar las células y sus complicadas acciones, que también tienen su belleza”

Por ende, hay elementos que hasta hombres iletrados y del vulgo podrían llegar a admirar. Ahora bien, el beneficio del conocimiento permite ir más allá de lo visible, posibilita descubrir qué hay detrás, su composición, estructura y desarrollo, los cuales le facultaron para ser lo que ahora es.

Retomando la belleza como experiencia estética, esta última es un peculiar modo humano de relacionarnos con lo real a través, fundamentalmente, de una obra de arte. Dicha experiencia aparece ante lo bello, aquello que llama nuestra atención y que, al percibirlo, nos gusta, agrada, calma, interesa y amplía nuestra comprensión de nosotros y el mundo. Nos proporciona un sentimiento de plenitud y sentido y nos permite evadirnos en cierto momento. Paradójicamente, la observación de una realidad bella nos posibilita una escapada breve pero intensa de la realidad.

En conjunto, hemos visto que la belleza puede adoptar una postura objetivista o subjetivista. Según la primera la belleza o fealdad se basa en cualidades del objeto. Son esas cualidades las que provocan una reacción en el espectador. La postura subjetivista, como contrapartida, afirma que la fealdad o belleza está sólo en la mente del sujeto que las percibe, y se refiere a las emociones que siente ante ciertos objetos. Más adelante comenté que la belleza puede ser útil en lo que respecta a la persona interior, manifestando cualidades que adornan su ser. Acto seguido mencioné también que la belleza se percibe sintiendo, dejándose llevar, y que esta produce la misma sensación en todos sus contempladores. Y por último que la ignorancia no te hace más o menos sensible sino que te limita los campos de apreciación ya que alguien entendido podrá aplicar su conocimiento e imaginar más allá de lo que ve a diferencia de alguien más ignorante al respecto.

En definitiva, puedo afirmar con seguridad que la belleza, es lo que enriquece nuestro día a día, y que esta es lo que hace valiosa y deseable nuestra realidad.

Deborah Parker